

POLÉMICA

ESTRATEGIAS DEL 'WISHFUL THINKING' EN UNA MODERNA SANTA FAMILIA: SOBRE HABERMAS, RAWLS, ETC.

De la concepción "misionera" en las ciencias sociales

Enrique Pedro Haba

El enemigo más peligroso del *humanismo real*... es el *espiritualismo* o *idealismo especulativo*, que suplanta al *hombre individual y real* por la "Autoconciencia" o el "Espíritu"... lo por la "posición original", la "situación ideal de habla", etc., etc.).

RESUMEN

Aparte de la promesa tecnocrática, otra modalidad de la ideología "misionera" es pergeñar ciertas ingeniosas "construcciones" discursivas para WISHFUL THINKERS del mundo académico. Estos escritores se complacen en desmenuzar unos modelos de sociedad RACIONAL, no menos catatónicos que pedantes: "posición original" (Rawls), "situación ideal de habla" (Habermas), etc. Satisfacen así su buena conciencia profesional (Misión) y, sobre todo, brindan pretextos para alimentar el mercado editorial, conferencias, congresos, etcétera.

He tenido oportunidad de referirme, en varios estudios¹, a aspectos de lo que bien puede llamarse una concepción *misionera*

ABSTRACT

Among social scientists, the "missionary" ideology not only leads to technocratic promises, but also brings out Wishful-Thinking speech "constructions", such as the "original position" of Rawls, the "ideal speech situation" of Habermas, etc. By providing these "constructions", the authors dream to make it possible a rational society, but they merely offer pretexts for written material, conferences, seminars, and alike.

acerca del papel que —así se supone— están en condiciones de cumplir sociólogos, politólogos, economistas, etc. Vale decir: la cándida, pero laboralmente provechosa (para ellos), creencia de que los profesionales de esas ramas pueden y deben ocuparse de "arreglar el mundo", o en todo caso las viviendas del barrio. Pero tales puntos de vista aparecen

¹ Cf. Haba 1994, 1995, 1996a y 1996b. Y véase el Apéndice ubicado al final del presente artículo.

proclamados de dos maneras distintas, que incluso dan lugar a agrias disputas entre los partidarios de una y los de la otra.

a) Por un lado, está la variante más publicitada, aquella que mejor sirve para que sean contratados los servicios profesionales de esos "técnicos". Estos se proclaman capaces de suministrar unas fórmulas que logren tales arreglos en breve y sin tocar las principales estructuras de privilegios ni, en general, cambiar a fondo las pautas de conducta más comunes que la gente sigue en ese medio social. He ahí la promesa que venden los *tecnócratas*, y en general los científicos sociales que se presentan como "prácticos".

b) Por el otro lado, hay también quienes prefieren hacer ver que ellos no son conformistas, se presentan como "críticos", sienten que su Misión es contribuir a renovar las formas sociales básicas. Estos proponen verdaderos cambios en las dinámicas sociales conocidas; pero entonces necesitan presuponer la posibilidad de llegar, de la manera que fuere (revolucionaria o no), a modelos de sociedad hechos para unos "hombres nuevos", sea o no que los llamen así (hoy resultan más vendibles otras etiquetas: ciudadanos "racionales", o "reflexivos", etc.). Esta última es la variante que protagonizan, sobre todo para efectos del comercio de ideas en círculos académicos, unos autores que responden esencialmente al tipo *wishful thinker*.

Ambas variantes coinciden en que las ciencias sociales están ahí para cumplir toda una Misión social, pero difieren en cuanto a su contenido. La primera (a) se apoya en ilusiones que son vendibles también en el mundo social prosaico. El género de fantasías que cultiva la segunda (b), en cambio, no tiene otra incidencia que dar tema para intercambios de discursos entre profesores aficionados a tales juegos de lenguaje (y también, naturalmente, para hacérselas repetir a los estudiantes)².

En la vida profesional del científico social corriente, puesto que necesita presentar sus servicios como "prácticos" ante los empleadores, él se esforzará por dar la impresión de ser un verdadero "técnico" de la materia. Debe saber impresionar como alguien capaz de *manipular* esa materia misma, la realidad social, para hacer pensar que, recibiendo esos servicios, el empleador (puede ser una entidad estatal, para-estatal o internacional, grupos políticos o empresarios privados, etc.) logrará obtener los resultados prácticos apetecidos. De tal suerte, el adoptar esa primera dirección (a), por lo menos en público, se hace prácticamente obligatorio para la generalidad de estos científicos. El otro tipo de orientaciones misioneras (b) tiene reservado su éxito al campo de los intercambios académicos de literatura especializada. Sirve a las mil maravillas, no menos por su acopio de pedanterías que por lo inofensiva, para dar lugar a infinidad de publicaciones, congresos, etc., donde toda incursión en los detalles discursivos más insignificantes es bienvenida como pretexto para hacer girar esas ruedas.

En este artículo voy a detenerme, ya que no lo he hecho antes, en efectuar algunas observaciones que se refieren específicamente a esa segunda modalidad del pensamiento *misionero*, la "crítica". De ella había mencionado, pero sólo al pasar, un autor que está de moda en ciertos círculos académicos, J. Habermas; y junto con él nombré, casi siempre, también a J. Rawls (si bien este, a decir verdad, no tiene mucho de "crítico", que digamos)³. Hasta donde estoy enterado, estos autores son los representantes actuales más mentados de la susodicha variante. En ellos, y en la amplia cohorte académica de sus seguidores/comentaristas, y en general de quienes buscan descubrir vías por el estilo (con vistas a un país donde los hombres son esencialmente "racionales" o "razonables", etc.), reviven en nuestros días, valiéndose de jergas algo renovadas, un tipo de aproximaciones que, por cierto, tiene añejos

² Pero en Haba 1996a no se señalan dos, sino cuatro posibilidades: cf. en su apartado II, un poco antes de la nota 15. El presente estudio se refiere sólo a las variantes allí identificadas como Aa y Ab; no se ocupa de las otras dos, Ba y Bb.

³ Esas menciones fueron hechas en los sitios que se indican en la nota 1, *supra*.

antecedentes. Son maneras de “entender” la problemática social que, *mutatis mutandis*, no difieren mucho, en cuanto a la ingenuidad de fondo que las sustenta, de aquello que Marx y Engels supieron detectar, hace siglo y medio, en lo que estos denominaron *La Sagrada Familia*. Se trata, en efecto, ni más ni menos que de unas “ilusiones de la filosofía especulativa” (1958: 73)⁴. Es el tipo de visión que caracteriza, no menos hoy que ayer, a todos aquellos que, sea bajo las conceptualizaciones que fueren, conciben el discurso de la ciencia social como empresa de *wishful thinkers*.

Primero (I) presentaré al respecto unas observaciones de orden muy general; luego (II) examinaré un poco más de cerca, en particular, la posición de Habermas.

I

Pienso que vale la pena, para poner sin eufemismos el dedo en la llaga, reproducir aquí los principales pasajes de una carta que envié al director de una conocida revista española de ciencias sociales. Me parece que pueden servir para llamar la atención en forma sencilla, esto es, precisamente de una manera que *no* cultivan los autores de marras, sobre dónde reside lo esencial del asunto⁵.

He aquí esos pasajes (que reproduzco con muy leves arreglos).

... A usted le “parecen algo rotundos y terminantes los términos” en que, en mi carta anterior, he hablado “respecto a ellos [Rawls y Dworkin], Habermas y demás...”. No recuerdo exactamente qué dije allí, y, desde luego, probablemente lo hice en forma demasiado simplificada. La verdad es que, lo acepto, hay que distinguir entre unos y otros de esos autores.

Lo de Dworkin me parece ni más ni menos que un escándalo: no tanto por lo que él dice, que no son simplezas demasiado extrañas, sino por la TREMENDA ignorancia que demuestra el tomarse “en serio” a un autor como ese. Cualquiera que haya leído, por ejemplo, a Kantorowicz, Betti (a pesar de que este se encuentra muy lejos de ser santo de mi devoción), Coing, Esser, Perelman, etc., etc.⁶, no podrá menos que darse cuenta, a las mil leguas, que lo de Dworkin no es otra cosa que unos rebautizos, pero en versión simplista y recortada, de cosas que aquellos, y tantos otros, habían percibido desde muchísimo tiempo atrás. Pero no pienso, claro está, que él mismo esté al tanto de que es apenas *eso* lo que hace... ¡pues su propio desconocimiento en materia de filosofía y epistemología jurídicas, y las no jurídicas, se ve que es sencillamente descomunal! No acuso a Dworkin de disparateador, sino que sólo digo, de él, que es un autor del montón, *marketing* académico aparte. Sencillamente, un “bluff” —como muy bien dijo alguien (no sé quién) al que no consiguió llevárselo por la nariz esa oleada del “adónde vas Vicente...” académico—. Ni siquiera Reale (otro *bluff*), mediante su membrete de que el derecho es “tridimensional”, había conseguido triunfar montado en niveles de penetración tan escuálidos.

Lo de Rawls es distinto. No me atrevería, por cierto, a calificarlo de mediocre. Es todo un “monstruo”, pues lo cierto es que se inventó, él solito, unos juegos de iusescolástica *proprios*. Reconozco la originalidad de su pensamiento, no es un Dworkin cualquiera, pero... ¿con eso, *qué*? Me hace pensar en unos cantantes populares que obtienen gran éxito simplemente porque son “distintos”: si cantan bien o si cantan mal es cosa que, a esta altura, ya a nadie le importa —peor, esa es una pregunta que ya ni asoma en el horizonte—. Lo de Rawls es mayúsculo, sí, ¡pero en cuanto *desvarío*!

⁴ Al mismo sitio pertenecen las líneas colocadas como epígrafe para este Artículo. El acierto de tal diagnóstico en nada queda menguado, naturalmente, por el hecho de que sus autores no hayan sabido ver, en cambio, que no menos fantástica era asimismo la utopía en que creyeron ellos mismos.

⁵ Y véase también el apartado II en Haba 1995, muy especialmente su nota 9.

⁶ Los autores que nombro en este párrafo son muy conocidos en la Teoría del Derecho, pero seguramente mucho menos entre sociólogos, politólogos, etc.

No piense que no conozco bien a ese autor; por el contrario, hubo una circunstancia que me obligó a leer con todo cuidado su mamotreto, por más indigesto que me haya sabido. No se me pasa por alto, pues, que lo de la "posición original" no constituye una hipótesis de tipo histórico o de mero sentido realista, sino que es, técnicamente dicho, un *experimento mental*. Y no simplemente por ser tal cosa califico eso de "desvarío"; no digo que lo sea por el solo hecho de consistir en una construcción del pensamiento, no la comprobación de una realidad empírica. Lo que pasa, es que no me olvido de distinguir entre dos clases de experimentos mentales. Por un lado, los que sirvan para *entender* —p. ej. como un "tipo ideal" en el sentido de Max Weber— cuanto pasa realmente, o sea, para detectar cómo y en virtud de qué la realidad es movida a acercarse o a *apartarse* de ellos. Mas también están, por otro lado, los que constituyen experimentos "puros", por así decir, pues tienen poco o nada que ver con los factores que mueven *realmente* a que las personas, en general, hagan o dejen de hacer las cosas a que aquellos pretenden referirse.

Lo que sostiene Rawls pertenece a esta última especie: esos experimentos mentales que, al fin y al cabo, no sirven para entender nada de lo que pasa en el mundo *real*. Desde luego, siempre puede decirse que un ideal no pierde su valor de tal por el hecho de que la gente no se acuerde de él, o hasta si suele hacerse todo lo contrario. Sólo que, en el caso de Rawls, no me parece que sea esto lo que nos quiere decir, proponer nada más que un *ideal*. Por el contrario, él y sus devotos "constructivistas" presentan las cosas como si —¡oh ilusos (por no decir mentirosos)!— esas maneras de pensar correspondieran por fuerza a una "racionalidad", o "razonabilidad", que sería, piensan, *coesencial* al ser humano, cuando menos en las sociedades occidentales. En fin, quieren vendernos como verdad "profunda" un cuento de duendes, sólo que del género más pedante y aburrido que sea dable imaginar: la iuslógica-ficción. Pero la pintan como si fuera, justamente, *otra* cosa que una ficción, que una simple y pura utopía... ¡ahí está la trampa! Ante elucubraciones como las de Rawls, no puedo dejar de pensar en cuánta razón tenía Vaz Ferreira al efectuar, hace ya tan-

tos años, la siguiente observación (él se refería a ciertos autores que hoy están olvidados, supongo que sería a Stammler y otros por el estilo, si bien, de seguro, no habrán llegado a los catatónicos extremos de Rawls):

"Por una parte, se habían introducido en la enseñanza (de Filosofía del Derecho) y dominaban en ella, ciertos libros muy abstractos, llenos de definiciones formulistas —algo así como una especie de *escolástica extravasada de siglo*—..."⁷.

Lo de Habermas, por su parte, no es tan fácil de detectar, ni tan monocrorde. Aunque no deja de tener algún parentesco —la "situación ideal de habla"— con sendas perdidas como las de Rawls, se trata, sin duda, de un autor que está muy por encima de este último (de compararlo con Dworkin, ni hablemos). Es tanto lo que Habermas ha escrito y acerca de tantas cosas, que sobre él sería impropio formular algún juicio global, si no es demasiado vago o indiscriminado. Reconozco que, entre esa avalancha, donde la inusitada pedantería de sus desarrollos no constituye un rasgo accidental, hay mucha cosa rescatable. Admito que se trata de un escritor con algún talento, cuyas tesis merecen a —diferencia de cosas como las de Dworkin y Rawls— ser tomadas en consideración para discusiones en detalle; pero no me parece, eso sí, que sea verdaderamente un pensador de *primera* línea.

Estimo que, con él, la Escuela de Frankfurt —si es que podemos considerarlo todavía un continuador de ella— ha descendido mucho de nivel: las agudas (aunque a menudo imprecisas y hasta contradictorias) intuiciones sustantivas de Marcuse, Adorno, Horkheimer, etc. quedan ahora encogidas fundamentalmente a unas pedanterías metodológicas, que por lo demás no sirven prácticamente de nada para investigaciones concretas sobre problemas específicos (sean generales o particulares) de la

7

Tomado de "Recuerdos de una clase de Filosofía del Derecho", conferencias de 1950, donde el autor retoma ideas que él había desarrollado en lecciones de dicha Cátedra dictadas muchos años antes, entre 1924 y 1929: Vaz Ferreira 1963, p. 243 —énfasis agregado por mí (E.P.H.)—.

realidad social. Si a Habermas lo higienizamos de sus repeticiones, además de sus infinitos pretextos para excursos interpretativos acerca de mil y un autores, pienso que podría quedar algo así como un libro de cien o doscientas páginas interesantes. No sería poco, tal vez, pero en todo caso muchísimo menos de lo que se creen, seducidos por tanta verborrea, sus admiradores.

Como usted se imaginará, no puedo entrar en detalles (haría falta) respecto a dicho autor. Me limito a formular una observación al vuelo. Lo de la "situación ideal de habla", salvo que lo entendamos simplemente como expresión de unos buenos deseos⁸, constituye más bien una falacia. Después de todo, no consiste en mucho más que: a) una redefinición tautológica de cierto concepto –convencional– de "racionalidad", cubierta por oropel constructivistas como papel de regalo; b) y esa definición estipulativa reposa, al fin de cuentas, en el ombliguismo del intelectual que confunde su (y la de sus colegas) mentalidad profesional con la mente humana.

Repito: no niego que entre tanto fárrago de comentarios que Habermas lanza al mercado editorial, sobre eso y muchas otras cosas, haya observaciones pertinentes. Sólo que, para que pueda usted intuir por qué no los aprecio demasiado, me atrevería a sugerirle que efectuemos también algunos otros experimentos mentales, ya que en eso estamos. Suponga, por ejemplo, que si por milagro Habermas alcanzara a ser tan agudo como, digamos, un Kolakowski, es el primero y no el segundo quien se hubiera decidido a escribir *La presencia del mito* (cf. las primeras líneas de dicho libro [1975], p. 7): ¡necesitaremos una calculadora para averiguar qué cantidad de tomos nos hubiera recetado, para decir más o menos lo mismo! O imagínese qué hubiera hecho Habermas si percibiera algunas de las cosas en que se ha fijado, por ejemplo, Bobbio: habría llegado tal vez hasta el tercero o el cuarto de los ensayos escritos por este último, pero ofreciéndolos superinflados de pedanterías. O bien, último ejemplo (todavía más imposible):

si Habermas tuviera la genialidad de Bertrand Russell, o la de Max Weber, no le alcanzaría todo el espacio de la Biblioteca del Congreso en Washington para abrumar de detalles superfluos y recargarlos con una prosa plumiza cada una de las tantas ideas que expusieron escritores como esos.

En síntesis: considero que las ideas propias de Habermas –que tampoco son tantas, ni tan originales, si prescindimos de los infinitos excursos acerca de lo escrito por otra gente– son mucho menos incisivas y realistas que lo de tantos otros autores contemporáneos, de los conocidos⁹ y probablemente también de algunos menos conocidos. Claro que, le confieso, además me resultan especialmente indigestas por su falta de concisión, se ensaña con el lector en presentárselas lo más ultrarrecargadas posible de digresiones superfluas¹⁰. Un discípulo suyo como Claus Offe, por ejemplo, sabe ser más perspicaz, y llano, en sus análisis de la *realidad* social. (Por lo demás, es curioso –pero muy explicable– que los habermasianos siempre sigan prefiriendo hacer como si no hubiera existido aquella ilevantable "paliza", doble, que a su mentor le propinó Hans Albert en la compilación titulada *La disputa*

9 Para mencionar otro ejemplo, justamente en cuanto a un tema sobre el cual Habermas ha vuelto una y otra vez: compárese con el tratamiento, tan multilateral como incisivo, de un autor como Gouldner (1978); este, por cierto, no solo no se dedica ahí a perder su tiempo en contar cuántos son y qué medida tienen los cabellos de cada autor leído durante su vida, sino que muestra cómo ese tema puede ser tratado en forma no menos llana que profunda y amplia.

10 Porque la cosa, ahí, no son simplemente las dificultades mismas que pueda tener la exposición de unos aspectos de ciertas materias, sino el hecho de regodearse (por así decirlo) más bien en enrevesarla... [pour épater la galerie (de los colegas)! "Es la 'deformación profesional', o el vicio, cuando simplemente lo es, de convertir al discurso filosófico [o el de la sociología, la ciencia política, etc.] en un discurso abstruso, oscuro, de intento o por descuido..." (Strasser 1977: 193); si bien en estas líneas no se menciona a Habermas, la descripción le viene como anillo al dedo. Tampoco se trata, cabe reconocerlo, de un expediente patentado únicamente por el propio Habermas. Los hay peores, por cierto: K.O. Apel, J. Derrida, etc. (menciono, expreso, dos autores cuyas orientaciones no coinciden). Y los concursos, de eso, vienen de mucho tiempo atrás.

8 Habermas se ha defendido de eso, de que simplemente son unos "buenos deseos", pero lo que dice no es muy convincente: *infra* II.

del positivismo en la sociología alemana [AA.VV. 1972].)

II

Hasta ahí, mi carta. Pero tal vez sea oportuno añadir algo, ya que Habermas ha llegado a contestar, ocasionalmente, a unas acusaciones de utopismo. Dice acerca de eso:

"Ideal y realidad. No hay nada que me ponga más nervioso [sic] que esa suposición, reiterada en tantas versiones y en los más sospechosos contextos, de que la teoría de la acción comunicativa, al llamar la atención sobre la facticidad social de pretensiones de validez reconocidas como tales, proyecta o a lo menos sugiere una utopía racionalista de la sociedad. Ni considero un ideal una sociedad que se haya vuelto del todo transparente, ni pretendo sugerir ideal alguno..." (1989: 419).

En esa misma página y en las que siguen, él efectúa algunas observaciones al respecto, que en esencia responden al modelo del "sí, pero no" y "no, pero sí". De tal manera, sean unas u otras las conclusiones fundamentales que uno extraiga para vincularlas a dicho autor, otros comentaristas siempre podrán decir que esas no corresponden al pensamiento "verdadero" de Habermas, para lo cual ellos podrán apoyarse ya sea en unas o en otras líneas de esos pasajes, o en tantos otros del mismo autor. Pero resultaría demasiado extenso, no sólo para el lector sino hasta para mí mismo, ponerme a analizar esos pasajes en detalle. Sería necesario entrar en numerosas precisiones y distinciones, sobre todo algunas que Habermas soslaya, dado ese juego constante del *sí+no/no+sí* en que esas "aclaraciones" suyas consisten. Me limitaré a efectuar algunas observaciones esenciales, que para los propósitos del presente estudio considero suficientes. [Indicaré entre corchetes las páginas de donde extraigo los pasajes citados, pertenecientes a la obra mencionada; y ahí los énfasis mediante cursivas van por mi cuenta, salvo si indico que no es así.]

Veamos lo del no-sí/sí-no. Por un lado, y digamos que este es el no: Habermas reconoce que los discursos que constituyen "el modelo de situación ideal de habla" son "formas

improbables de comunicación" [419], que "Los modos puros de empleo del lenguaje son *excepciones...*, por la presión de los problemas que se presentan" [420]; en fin, "No todas las interacciones caen bajo la categoría de la acción orientada al entendimiento" [*ibid.*]. Mas tal reconocimiento no le impide afirmar igualmente, por el otro lado —ahí está el sí—, que dicho modelo es, de cualquier manera, toda una: "posibilidad (a la cual) remite [¿siempre, en la mayoría de los casos o sólo a veces?], empero, la apelación *cotidiana* a pretensiones de validez. Y sólo en esa medida [¿grande o pequeña?] lleva también incrustadas la *práctica* cotidiana [¿!!] idealizaciones" [419]; por lo cual "El análisis pragmático-formal [*i.e.* tomar como guía de tal análisis aquel modelo "ideal"] parte de casos idealizados de acción comunicativa que son *típicos* de la vida cotidiana de las *sociedades modernas*" [420 —"sociedades modernas" viene en cursiva ahí mismo—].

Ahora bien, aunque Habermas afirma (*supra*) que él "no pretende sugerir ideal *alguno*" (subrayado por él), ahí mismo transcribe, y al parecer estima correcta, esta observación de un comentarista suyo, acerca de:

"aquellas falsas preconcepciones que quedan sistemáticamente ancladas en las formas distorsionadas [*i.e.* las apartadas del modelo ideal] de comunicación. La teoría crítica espera provocar una autorreflexión en la que el destinatario penetre y disuelva estas últimas. Su ideal normativo es la eliminación completa de los bloqueos sistemáticos de la comunicación de unos con otros. Pero sin duda que la teoría crítica no pretende traer a conciencia todas [¿pero sí *muchas*, y *decisivas* para la práctica cotidiana! ¿no es verdad?] las preconcepciones del destinatario, [pues esto constituiría] una tarea realmente imposible" [419, nota 24]¹¹.

11 Pero aclaro, por las dudas: la redacción de Habermas es tan ambigua, que ni siquiera puede afirmarse con total seguridad —si bien todo el contexto apunta, me parece, en tal sentido— que él comparte lo señalado en esta cita, ya que la introduce diciendo simplemente: "*En relación con un reproche similar de Gadamer, constata J. Mendelson [el autor de la cita]: ...*".

Que tal interpretación, activista, del discurso habermasiano no es antojadiza, o sea, que su modelo pretende constituirse en toda una *guía* —con alcances *realistas*, pues— para la acción social, se ve por la manera en que ese discurso lo entienden, justamente, la generalidad de sus propios admiradores. Hemos podido comprobarlo en la cita precedente, aunque ella no carece de ciertas matizaciones. Pero deseo ilustrarlo aún con otra transcripción, extraída de un texto más reciente. Lo más probable es que Habermas ni siquiera lo conozca, pero eso no afecta para nada el valor sintomático de una opinión como esta —¡por algo es que a él se le interpreta (por lo habitual) precisamente así!—:

“En particular, comparto con Habermas la idea de que la era moderna ha disuelto, sí, las viejas lealtades —así, las asociadas con la nación y/o la clase social— pero ha abierto igualmente las posibilidades comunicativas y propiciado la *EXTENSION de una racionalidad o conciencia universalista* que pudiera dar paso a un nuevo tipo de identidad colectiva. Se trataría de una identidad ‘posconvencional’ —el término está tomado en préstamo a la filosofía del desarrollo moral del ego de Kohlberg—, basada, no ya en el miedo al castigo o en la lealtad hacia determinados grupos, sino en el *CONSENSO RACIONAL* y en el debate [igualmente racional, supongo —EPH—]. La identidad posconvencional apuntaría hacia una *aceptación de la ciudadanía GLOBAL*, dentro de una ‘sociedad mundial ficticia’ [i.e. “ideal”] y con arreglo a [o sea, si entiendo bien —EPH—, también sometida *realmente* a] una ‘*ÉTICA del discurso UNIVERSAL*’ (Habermas)” (Rodríguez Ibáñez 1995: 46).

He marcado ahí con cursivas unas expresiones muy características, y recalcando aún por medio de mayúsculas las más significativamente delirantes entre todas ellas. Aunque parezca mentira, es eso lo que nuestros profesores vienen a contarnos —y pienso que hasta se lo creen— como “diagnóstico” de nuestro tiempo. ¡Un mundo de locutores *racionales* como protagonistas, nada menos que en la civilización actual!

Sí, eso en una época donde Bosnia-Herzegovina y Uganda y Chechenia y la destrucción del eco-sistema y el mundo de la droga y ..., no son sino los extremos más noticiosos de tantos *icebergs* en que estamos incrustados por todas partes. Donde a la gente le importa, antes que casi toda otra cosa, que en ningún sitio falte un televisor, darse a diario el gusto (cuanto más horas, mejor) de ser felizmente teleonizadas (¡esto sí, no los “discursos” a la Habermas, es lo aproximadamente más “universal”!)¹². Donde corridas de toros o estadios de fútbol o las estrellas de unos conciertos-aullido constituyen el pan cotidiano más apetecido de las comunicaciones *reales*. Donde la enseñanza, desde la primaria a la universitaria, se preocupa por ponerse cada vez más a tono con el ideal de, por encima de todo y en lugar de todo, amaestrar en tocar teclas o botones; donde lo que se busca, en consonancia con eso, es elaborar modernas “técnicas” pedagógicas para que los alumnos puedan liberarse de la maldición de tener que leer libros y, sobre todo, para que no vayan a tener que perder tiempo en *reflexionar*. Donde para hacer carrera política hay que disponer de (conseguir ser financiado mediante) millones en dinero destinados a la propaganda persuasiva y al tráfico de influencias. Etcétera, etc., etc...

Sin embargo, en un mundo donde lo *real* es ESO, vemos cómo en círculos académicos tienen curso divagaciones sobre la existencia de una “ciudadanía global” ocupada en hacer “discursos” para llegar a cierto “consenso racional” basado en la “ética universal”. Y si bien esto es más o menos como pensar que entre los caníbales está en proceso de “extensión” la “ética” alimentaria de los vegetarianos, a qué se deben tales fantasías académicas no es cosa demasiado difícil de descubrir. El teorizador de las ciencias sociales no está menos sujeto que cualquier hijo de vecino, quíerese o

12 No deja de ser sintomático que, aunque durante los días feriados se restringe al mínimo (y aun más), por ejemplo, la atención médica en hospitales, etc., y, desde luego, no están disponibles la generalidad de los servicios públicos, en cambio no dejan de funcionar los canales televisivos (a horario completo, claro está).

no, a improntas del *wishful thinking*. Sólo que aquel lo manifiesta también por medios específicos de su jerga académica y, sobre todo, en función de sus propios intereses profesionales. Así, la ensoñación de un mundo social guiado, cuando menos en buena medida, por unos locutores "racionales", le permite al *wishful thinker* en el papel de sociólogo matar dos pájaros de un tiro: conformarse a sí mismo (a) y confortar a los demás (b).

a) Por una parte, así consigue reivindicar su propio papel como protagonista de acontecimientos sociales. Si estos son suficientemente racionales, él tendrá cosas para enseñar ahí. Le será dado presentarse entonces como adalid de esos elementos de racionalidad que estaría en condiciones de poner a disposición, justamente, una *ciencia social* como la que él pregona.

b) Por otra parte, claro que un discurso optimista es siempre bienvenido; permite que también los no-sociólogos puedan, eventualmente, recurrir a él para no mirar de frente la realidad social en su plena crudeza. De tal manera, el sociólogo *wishful thinker* tiene mejores posibilidades de ser escuchado y, por tanto, de "triunfar" académicamente. Su propio *wishful thinking* se corresponde a las mil maravillas, en eso, con propensiones al *wishful thinking* que por anticipado anidan en su auditorio. Además, como el *wishful thinking* es un tipo de actitud tan hondamente enraizada en la psiquis humana¹³, ni siquiera es necesario, ni lo más habitual, que ese sociólogo perciba esta "trampa" que ahí juega su propio

interés profesional. Puede entonar su papel misionero en buena conciencia... ¡y los colegas aplauden!

Pero volvamos al texto de Habermas mismo. Allí, después de todos sus no/sí y sí/no, hasta él mismo consigue advertir cuál es la pregunta decisiva: "se plantea la cuestión de por qué precisamente *ese* modelo, que en tantos aspectos se aparta de lo que sucede en la práctica comunicativa cotidiana, habría de ofrecer la *clave* para un análisis de las acciones y de los mundos de la vida" [421]. Su respuesta es que hay "dos clases" fundamentales de "mecanismo de coordinación de la acción", una de las cuales es justamente la "acción comunicativa", o sea, aquella que "discurre... a través de la formación de consenso"; y es ahí donde "la comunicación lingüística *tiene que* [subrayado por el autor] servir de medio de coordinación de la acción" [*ibid.*]. En fin, "habría que mostrar [y Habermas da por descontado que tal cosa es posible], tanto en términos conceptuales como en términos *empíricos* [claro que sí: ¡ahí está el "detalle"....!], que las estructuras simbólicas del mundo de la vida *sólo* [ni más ni menos!] pueden reproducirse a través del medio que representa la acción orientada [*i.e.* con base en la situación *ideal* de habla] al entendimiento" [422].

Por tanto, digo yo, se necesitaría poder COMPROBAR: a) que tal tipo de coordinación no es sólo posible, o que en *algunos* casos se da, sino que eso desempeña un papel verdaderamente *amplio* para decidir la posi-

¹³ Por las dudas, vaya una acotación. Tal vez alguien podría pensar que mi observación sobre *wishful thinking* se refuta a sí misma, porque digo que tal actitud está "hondamente enraizada" en todos nosotros. Es el argumento del *Tu quoque...* (tú también); o sea, señalar que también mi crítica no podría menos que caer en eso mismo. En fin, es enfrentarla valiéndose de la conocida antinomia del "mentiroso": si todos somos *wishful thinkers*, y si esto hace víctima de fantasías a nuestro pensamiento sobre lo social, entonces no menos fantasiosa tiene que ser mis propia opinión sobre lo de Habermas, etc., etc. Aclaro, pues: no he dicho que la mencionada tendencia de espíritu esté *uniformemente* repartida entre todas las personas, y muchísimo menos entre la totalidad de los científicos sociales, ni que ella se manifieste exactamente de la misma manera y en el mismo grado en *todo* lo que cada uno de ellos

dice. Por ejemplo, sirve volver a señalar la polémica Habermas/Albert (AA.VV. 1971), donde la argumentación del segundo consiste, justamente, en contraponer unas precisiones de neto carácter *no-wishful* a la "dialéctica" de mezcolanzas *tutti frutti* que amasa el primero. Es cierto que después supo cambiar de vocabulario mágico: fue suplantando lo de la "dialéctica" para, más de acuerdo con la última moda en el mundo académico, pasar a tejer sus ensueños con letanías a la "comunicación", las "situaciones de habla", etc. Ya embarcado Habermas en esta nueva onda, hasta el propio Luhmann (a pesar de toda su característica sistemomanía), en el célebre intercambio de ideas que este sostuvo años atrás con aquel, una y otra vez no dejó de llamar la atención, allí, sobre los misticismos sociales a que remonta vuelo el pensamiento habermasiano.

ción que cada quien toma ante los conflictos sociales *reales*; b) y que, siendo así, para la solución de los problemas respectivos opera habitualmente (aunque no siempre) *ese* tipo, en la *propia* "cabeza" de los protagonistas *reales* de las relaciones sociales corrientes, o sea, la circunstancia de que estos se sientan *subordinados* –*jellos mismos*!– a guiarse por aquella "situación *ideal* de habla".

Pero sí, al contrario, eso es algo que a los protagonistas *corrientes* de las relaciones sociales ni siquiera se les cruza por la cabeza, ni sirve como argumento *efectivo* –en la práctica!– para hacerlos cambiar de opinión con respecto a las posiciones que ellos toman, entonces habrá que llegar a una conclusión muy distinta que Habermas. Vale decir, no desconocer la siguiente comprobación realista: si bien ese "instrumento de análisis" puede servir para dar cuenta de *ciertos* aspectos concernientes a la manera en que se formulan unos discursos académicos, empero carece de toda relevancia, o en todo caso esta es bastante secundaria, para entender cómo actúan *realmente* los involucrados en las conductas sociales mismas. Más aún, hasta es así tratándose de esos mismos académicos en sus conflictos prácticos cotidianos, *i.e.* por encima (y por debajo!) de lo que ellos *dicen* al desempeñar sus discursos profesionales; y sin excluir, desde luego, la manera como se llevan adelante las *public relations* del propio mundo académico.

Si tratamos de sacar en limpio alguna conclusión general del no-sí/sí-no habermasiano, tal vez ello pueda ser resumido como sigue (no sé si pueda lograrlo, pero quiero hacer el intento presentar esas ideas globalmente de algún modo que sea conciso y coherente):

- a) Hay, es cierto, otros modos de coordinación social además de los basados en la "situación ideal de habla", y hasta es posible que se den ciertas combinaciones entre esta y aquellos.
- b) Mas tal ideal funciona, de todas maneras, como condición decisiva, *sine qua non*, para amplias franjas de la conducta social, aun reconociendo que ello no se da siempre.
- c) Y puesto que los seres humanos en general, cuando menos los de las socieda-

des modernas, tienen como tendencia propia el guiarse también –aunque no exclusivamente– por dicho "modelo de entendimiento" (= aquella situación ideal), existe la posibilidad de lograr que corrijan buena parte de sus relaciones "distorsionadas" (*i.e.* medidas a la luz de tal ideal) si a ellos se les hace ver que están violando tales o cuales condiciones intrínsecas a ese modelo.

- d) En virtud de todo ello, resulta atinado pensar que las cuestiones sociales es dable conseguir arreglarlas, por lo menos hasta cierto punto, por la vía de convencer a las gentes de que –como lo "espera" tal teoría– se dediquen a practicar "una autorreflexión" (*supra*) basada en este modelo precisamente.

Bueno, suponiendo que sea más o menos *eso* lo que Habermas quiere decir¹⁴, paso a retomar cada una de esas letras, por su orden, para añadirles respectivamente algunas observaciones elementales.

- a) Estoy de acuerdo.
- b) ¡Eso, justamente, es lo que habría que *probar*!; y sobre todo, respecto a aquellas conductas más *comunes* acerca de las cuales la gente discrepa a menudo.
- c) Claro que hay unos "juegos de lenguaje" entre cuyas reglas de uso puede estar la aceptación implícita de algo así como el modelo señalado. En efecto, este forma parte de lo que acaso pasa (digamos que sí) en las cabezas de *algunos* grupos especiales de locutores –filósofos, teóricos sociales, sacerdotes, moralistas, etc.–, cuando estos discursen públicamente (escritos, conferencias, reuniones, etc.) dentro de esas "regiones" (cf. Wittgenstein) profesionales del lenguaje. Ahora bien, el

14 Pero claro que, respecto a un autor cuyas formulaciones son tan "resbaladizas" (¿a propósito?), siempre será dable extraer interpretaciones que vayan en otros sentidos, para lo cual bastaría con elegir convenientemente entre los no/sí o sí/no de sus escritos... ¡Vaya uno a saber!

ombliguismo del filósofo profesional —mejor dicho, los de cierto tipo (que abunda bastante): “constructivistas”, etc.— lo lleva a fantasear que esto mismo, tales formas de pensar que cultivan él y sus colegas, es cosa que igualmente se da, o puede hacerse que llegue a tener lugar, en los protagonistas *corrientes* del acontecer social, para cuando estos se encuentran en situaciones prácticas como esas de que *se habla* en aquellos discursos solemnes. Como pasa con las ingenuas prenociencias en las que cree sin más el hombre de la calle, Habermas y Cía. están tan posesionados *mutatis mutandis* de sus propias maneras de pensar académico-profesionales, que las extrapolan sin más al pensamiento de los hombres en general. Esos autores se consienten la candidez de suponer que tales maneras *tienen* que responder nada menos que a una “pragmática UNIVERSAL” [sic], etc., etc.

- d) Verdaderamente, habrá que mudarse a la plena luna para “esperar” tal cosa...¹⁵. ¡*Wishful thinking*, de cabo a rabo!

En definitiva: si de sus postulaciones básicas, fundamentalmente aprioristas, Habermas pretende sacar alguna cosa que se parezca, así sea en cierta medida, a un programa de *acción* para las conductas colectivas —y que, por ello mismo, eso sirva para orientar a los científicos sociales cuando presenten tales programas— entonces es correcta mi tesis de que también ese autor es todo un *wishful thinker*; sólo que no del tipo tecnocrático, sino ubicado dentro de la modalidad específica de aquellos escritores que sirven como pretexto para fomentar el papelerío académico escapistista. Pero si, en cambio, debemos creerle ver-

daderamente [lo dudo, pero...!: v. *supra* nota 11] cuando afirma que “no pretende sugerir ideal *alguno*” (¿dirán lo mismo sus seguidores?), entonces los escritos de él no podrían ser invocados, de acuerdo con sus propias palabras [pero véase dicha nota], para Misión alguna de los científicos sociales; y solamente en tal caso, sus propias divagaciones (aunque no las de sus seguidores en general) caerían fuera del marco del estudio presentado aquí. Al *piacere* de cada quien, entre los abnegados lectores de nuestro autor, queda elegir entre esas dos posibles interpretaciones... ¡o destilar algunas otras! (material no les faltará).

Antes de terminar, quiero salirle al paso a una posible objeción. Me imagino que podría rezar más o menos así: “si pretende discutir que, en las relaciones sociales, existen también corrientemente formas de coordinación que operan por la vía del *entendimiento* entre los protagonistas, usted está negando la evidencia misma, pues es un *hecho* que muchas de las conductas sociales operan justamente en función de acuerdos entre los participantes sobre lo que estos consideran ‘justo’ y ‘verdadero’”.

Respondo. —Por supuesto que mi crítica no va dirigida a negar tal cosa. Lo que impugno —¡eso es distinto!— es que en tales entendimientos, si son entre hombres corrientes, intervenga como guía algo así como una “situación *ideal* de habla”. Y más que más, me parece alucinante pensar que allí donde ellos *no* están de acuerdo, se consiga llegar (salvo raras excepciones) a “coordinarlos” por medio de invitarles a plegarse a un “discurso orientado al entendimiento”. No digo que sea imposible, pero sí *poco común*, convencer a unos u otros de que hagan o dejen de hacer tal o cual cosa por respeto a semejante ideal, en la abrumadora mayoría de los casos donde se dan las discrepancias *reales*.

Lo que niego, pues, no es que haya “entendimientos” y discursos orientados hacia tal objetivo, ni que estos puedan contribuir a lograrlo efectivamente, en muchas ocasiones. Sólo que tales discursos, *en la práctica*, no tienen mucho que ver con ninguna “situación ideal de habla”. Más bien responden, tanto cuando el entendimiento se logra así como cuando fracasa, sobre todo a *otros* ingredientes de la comunicación lingüística: costumbres en general (acríticamente ancladas en la con-

¹⁵ Da la impresión, cuando uno lee cosas como esas, que el autor fue amamantado en una biblioteca. Y que tampoco después llegó a aventurarse mucho más allá, salvo para asistir como estudiante a lecciones o, más tarde, a algún congreso de profesores de su materia. Que nunca tomó un colectivo, nunca oyó una conversación de vecinas, nunca estuvo en una discusión callejera de fútbol o sobre política, nunca...

ciencia de los hablantes), prenociones, retórica, bases emotivas, etc. (por no hablar de lo que Habermas denomina "interacciones estratégicas" [420]). Los entendimientos en la realidad se deben fundamentalmente a fenómenos característicos de la *inercia* mental de los participantes, corresponden más bien al "falso consenso", etc. [*ibid.*]. Quiere decir que la "coordinación" de las conductas en los entendimientos *reales* obedece, por lo general, precisamente a... ¡TODO LO CONTRARIO de aquello (*wishful thinking*: "ideal") con que "La teoría crítica *espera provocar* una autorreflexión" de los actores sociales!

En una palabra: tal teoría constituye, más que nada, un expediente para alimentar la buena conciencia avestruzera del comercio académico entre profesores universitarios que desean hacer ver que ellos tienen "sensibilidad social". No es de extrañar, pues, que el inagotable acopio de pedantismos con que lo de Habermas permite empapelar —y además, chica cosa, vender!— esa buena conciencia sea tan bienvenida.

OBRAS MENCIONADAS

- Aa.vv. (1972), Theodor W. Adorno, Karl R. Popper, Ralf Dahrendorf, Jürgen Habermas, Hans Albert, Harald Pilot, *La disputa del positivismo en la sociología alemana* (trad. Jacobo Muñoz): Grijalbo (Colección "Teoría y realidad" nº 1), Barcelona, 1972 (pero en la portada figura como año de ed. 1973), 325 p. or. alem. 1969.
- Gouldner Alwin W. (1978), *La dialéctica de la ideología y la tecnología. Los orígenes, la gramática y el futuro de la ideología* (trad. Néstor A. Míguez): Alianza Editorial (col. Alianza Universidad Nº 212), Madrid, 1978, 372 p.; or. ingl. 1976.
- Haba Enrique Pedro (1994), "Metodologías, métodos, metodologismo. Prolegómenos a una crítica de la concepción 'misionera' en los científicos sociales": en *Revista de Ciencias Sociales*, Nº 64 (junio 1994), pp. 109-119, San José (Costa Rica).
- Haba Enrique Pedro (1995), "Imposibilidades para las ciencias de lo humano. Una ideología profesional: la concepción 'misionera' de las ciencias sociales": en *Ibid.* nº 70 (diciembre 1995), pp. 69-81, San José (Costa Rica).
- Haba Enrique Pedro (1996a), "Mitos tecnomorfos actuales y la propaganda gremial de los sociólogos. Una ideología profesional: la concepción 'misionera' de las ciencias sociales (II)": en *Ibid.* Nº 71 (Marzo 1996), pp. 73-86.
- Haba Enrique Pedro (1996b), "La disyuntiva del científico social: ¿agente de 'administración' o transmisor de 'cultura'. Sobre la concepción 'misionera' en las ciencias sociales (III)": en *Ibid.*, Nº 72 (Junio 1996), pp. 171-186.
- Habermas Jürgen (1989), *Teoría de la acción comunicativa: complementos y estudios previos* (Intr. y trad.: Manuel Jiménez Redondo): Cátedra (col. Teorema-Serie mayor), Madrid, 1989, 507 p.; estudios originales en alem., 1970 a 1982.
- Kolakowski Leszek (1975), La presencia del mito (trad. del alemán: Cristóbal Piechocki): Amorrortu, Buenos Aires, 1975, 139 p.; el original, en polaco, es de 1966.
- Marx Carlos y Engels Federico (1958), *La Sagrada Familia, y otros escritos filosóficos de la primera época* (trad. Wenceslao Roces): México, Grijalbo, 1967 (2ª ed. en esp. xi + 308 p.) Los escritos originales, en alemán son de 1843 y 1844).
- Rawls John (1979), *Teoría de la Justicia* (tr. María Dolores González): Fondo de Cultura Económica, México, 1979, 654 p.; ed. ingl. 1971.
- Rodríguez-Ibañez, José E. (1995), "Entre el 'posconvencionalismo' transnacional y el 'neotradicionalismo' integrista: las sinuosidades de la identidad social tardomo-

terna": en *Sistema* 125 (marzo 1995), pp. 45-57, Fundación Sistema, Madrid.

Strasses Carlos (1977), *La razón científica en política y sociología*: Buenos Aires, Amorrortu, 226 p.

APENDICE

Este es el último (espero) de una serie de estudios donde me he ocupado de la concepción "misionera" en los científicos sociales: *supra* nota 1. Si bien cada uno se puede leer -y, pienso, ser comprendido- en forma independiente, es decir, sin necesidad de conocer también los restantes, eso no quita que, como es natural, ellos guarden mucha relación entre sí (es lo habitual en trabajos distintos de cualquier autor sobre aspectos variados de cierto núcleo temático: p. ej., los reunidos en Habermas 1989 se publicaron previamente en sitios diferentes). Para que el lector pueda, si le interesa, disponer cómodamente de una visión global acerca de lo que he expuesto sobre dicha concepción, recojo aquí, en forma de Sumario, los epígrafes del conjunto de artículos que he publicado al respecto en esta Revista:

Metodologías, métodos, metodologismo. Prolegómenos a una crítica de la autocomprensión "misionera" en los científicos sociales [Rev. 64]

- I. Introducción: una ideología profesional
- II. Diferencia entre métodos y metodología
- III. Las dos orientaciones fundamentales respecto a los métodos
- IV. Metodologías y metodologismo

Vaz Ferreira Carlos (1963), *Algunas conferencias sobre temas científicos, artísticos y sociales*, 1ª Serie: Montevideo, Homenaje de la Cámara de Representantes del Uruguay, vol. XI, 1963, 401 p.

Imposibilidades para las ciencias de lo humano. Una ideología profesional: la concepción "misionera" de las ciencias sociales [Rev. 70]

- I. Una disyuntiva fundamental: la concepción "misionera" y la concepción "teórica" en las ciencias sociales
- II. El mito acerca de los actores sociales como "decididores racionales" (las instituciones concebidas como "aparatos"). Impotencia de los científicos sociales (no son "maquinistas")

Mitos tecnomorfos actuales y la propaganda gremial de los sociólogos [Rev. 71]

- I. La *Weltanschauung* tecnomorfa acerca de las sociedades y su abismal desfase respecto a la práctica social
- II. Las dos grandes orientaciones metodológicas y la opción ("fe" en el método) de la concepción misionera como ideología profesional
- III. Las ciencias sociales son poco "prácticas": constituyen, por lo general, un que-hacer simplemente teórico

La disyuntiva del científico social: ¿agente de "administración" o transmisor de "cultura"? [Rev. 72]

- I. ¿Es el sociólogo un "parásito"? la concepción misionera como tributaria de un mito holista

- II. El inevitable hiato entre ciencia social (conocimiento) y práctica social (no-racionalidad). Una máxima heurística y una presunción relativa
- III. El sujeto dinámico ("peso" y "habilidad") de la política y el científico social como hombre de la calle en esa actividad

- IV. Conclusión: la insoslayable disyuntiva —existencial y teórica— del científico social (¿"administración" o "cultura"?)

Addendum:

Estrategias del wishful thinking en una moderna Santa Familia: sobre Habermas, Rawls, etc.

Enrique Pedro Haba Müller
Apdo. Postal 598-2050
San Pedro de Montes de Oca
San José, Costa Rica